



Homilía

Centro Penitenciario Puerto I

El Puerto de Sta María, 18 de diciembre de 2009

Querido hermano sacerdote; queridos hermanos todos cuantos habéis queridos haceros presentes en este encuentro alrededor de la Mesa del Señor:

Es para mí una alegría poder compartir con vosotros la Eucaristía en estas fechas tan entrañables. En primer lugar quiero manifestar públicamente mi reconocimiento y mi afecto a todos los Agentes de Pastoral penitenciaria de nuestra diócesis, al Capellán: el cura Paco, religiosos, religiosas y todos los voluntarios colaboradores; a todos les doy las gracias porque muestran la preocupación materna de la Iglesia por nuestros hermanos haciendo parte de sus vidas las palabras de Jesús en el Evangelio: **"estuve en la cárcel y vinisteis a verme"** (Mt 25, 36).

También quiero dirigirme a todo el personal que realiza su trabajo en "Puerto 1": al Señor Director, Subdirectores y funcionarios. Gracias por hacer posible este encuentro y por vuestra preocupación para humanizar el sistema carcelario.

Con respecto a mí, el estar aquí, lo primero que se me viene a la mente es la imagen de Cristo que estuvo efectivamente **"en la cárcel"**. Nos parece volverlo a ver en la tarde del Jueves Santo en **Getsemaní**:

Él, la inocencia personificada, escoltado como un malhechor por los esbirros del Sanedrín, capturado y llevado ante el tribunal de Anás y Caifás. Siguen las largas horas de la noche a la espera del juicio ante el tribunal romano de Pilato. El juicio tiene lugar la mañana del Viernes santo en el Pretorio: Jesús está de pie ante el Procurador romano, que lo interroga. Sobre su cabeza pende la demanda de condena a muerte mediante el suplicio de la cruz.

Lo vemos luego atado a un palo para la flagelación. Sucesivamente es coronado de espinas... **"Ecce homo": "He aquí al hombre"**. Pilato pronunció esas palabras, tal vez esperando que se produjera una reacción de humanidad en los presentes. La respuesta fue: **"¡Crucifícalo, crucifícalo!"** (Lc 23, 21). Y cuando, por fin, le quitaron las cuerdas de las manos, fue para clavarlas en la cruz.

Amadísimos hermanos, ante nosotros, aquí reunidos, se presenta Jesucristo, **"el detenido"**. **"Estuve (...) en la cárcel, y vinisteis a verme"** (Mt 25, 35-36). Pide que lo vean en vosotros, como en muchas otras personas afectadas por diversas formas de sufrimiento humano. Recordando a nuestro Señor, este encuentro con vosotros, queridos hermanos, me conmueve profundamente. Me imagino cuántas cosas agitan vuestro corazón, y cuántos incumplidos deseos lo llenan de dolor y de nostalgia.

Quisiera poder escuchar el relato de la historia personal de cada uno. Me gustaría poder compartir con cada uno de vosotros una conversación íntima y reposada en la que pudiéramos tener un diálogo de esperanza y de amor repasando vivencias personales, frustraciones del pasado, los planes que alientan vuestro futuro y particularmente la situación actual de vuestras familias.

Tengo la certeza de que, junto con la riqueza de vuestros sentimientos, quedaría al descubierto la gran humanidad que se esconde en cada uno de vosotros. Sé que me manifestaríais lo que cada uno lleva dentro de sí. Desgraciadamente, las circunstancias no nos permiten el poder compartir a solas unos

minutos; pero es mi deseo que mis palabras las recibáis como si fueran pronunciadas para cada uno de vosotros en particular.

Y lo primero que quiero deciros es que me presento ante vosotros como testigo del amor de Dios. Vengo a deciros que **“Dios os ama”** y desea que recorráis un itinerario de rehabilitación y de perdón; de verdad y de justicia.

Todos nosotros llevamos dentro un desierto, bien de la soledad, de la no-vida, de nuestros errores, de sentimientos de odio, de envidia, de aprisionamiento, incluso de muerte. Pero en el desierto de la vida es posible abrir un nuevo camino. También yo he pasado momentos difíciles y mi fuerza siempre ha sido la Palabra de Dios. **“Que también sea así para vosotros”**.

Por eso, en esta mañana quiero haceros partícipes de algunas reflexiones sobre la PALABRA de Dios, con el único deseo de que puedan iluminar vuestros anhelos y esperanzas, y aliviar vuestras tristezas y desilusiones.

Hemos escuchado en el Evangelio que le ponen nombre a Juan el Bautista. Vemos cómo los deseos de Isabel y Zacarías de tener un hijo se han cumplido: **“porque para Dios nada hay imposible”**. Ellos son un modelo de esperanza y al mismo tiempo de fidelidad a Dios. El **“nombre”** significa el ser y Zacarías tiene claro que en el centro de la vida del niño debe estar el Señor.

También nosotros estamos preparando el nacimiento de un Niño que es el mismo Dios. Jesús es un regalo para todos los hombres. Por eso debe estar también en el centro de nuestra vida. Y Él viene a nosotros pobre e indefenso .. para que no temamos acercarnos a Dios ... Ese Niño, el Jesús que vemos en los brazos de María es nuestro Salvador. Comenzó por el camino de la pobreza, aquel que llegaría a recorrer el camino de la Cruz. **“Sus heridas nos han curado”** -nos dice San Pedro- porque el perdón y el amor curan el corazón. Vino a dar su vida por nosotros: desde la cuna a la Cruz.

Así que, siguiendo el ejemplo de Isabel, de Zacarías, de Juan el Bautista y de toda la Iglesia, tengo que deciros que Cristo es el único que puede dar sentido a nuestras vidas. En Él se encuentra la paz, la serenidad, la liberación completa, porque Él nos libera de la esclavitud radical, origen de todas las demás, que es el pecado, e inspira en los corazones el ansia de la auténtica libertad, que es el fruto de la gracia de Dios que sana y renueva lo más íntimo de la persona humana.

La libertad que Cristo nos ofrece, comienza por el interior del hombre, allí donde tienen su raíz el egoísmo, el odio, la violencia y el desorden. No hay quien no necesite de esta liberación de Cristo, porque no hay quien, en forma más o menos grave, no haya sido y sea aún, en cierta medida, prisionero de sí mismo y de sus pasiones. Todos tenemos necesidad de conversión y de arrepentimiento; todos tenemos necesidad de la gracia salvadora de Cristo, que Él ofrece gratuitamente, a manos llenas. El espera sólo que, como el hijo pródigo, digamos **“me levantaré y volveré a la casa de mi Padre”**.

Es Cristo también el que nos invita a todos a humanizar día a día este lugar. También con su ayuda, la cárcel puede adquirir un rasgo de humanidad y enriquecerse con una dimensión espiritual, que es importantísima para vuestra vida.

Por lo tanto, hermanos, estamos en Adviento, tiempo de esperanza, virtud de la que está llena este lugar. Y a punto de celebrar la Navidad. Así que ¡ánimo!, a darle la mano a ese Niño pequeño de Belén para que os ilumine con su amor, os ayude en vuestra vida y os consuele en vuestro sufrimiento.

Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez